

PÁGINAS SUELTAS

DE LA

HISTORIA DEL CONCILIO VATICANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Congregación prosinodal.—Alocución del Padre Santo.—Juramento de los oficiales del Concilio.

El jueves 2 de Diciembre presenció Roma el primer espectáculo, de los muchos que se preparan, en que los Obispos del orbe católico manifestaron de un modo maravilloso su pronta obediencia al Vicario de Cristo. Acudiendo presurosos á su voz, se reunieron á las diez de la mañana en la soberbia capilla Sixtina, donde también se congregó el augusto coro de Purpurados. Éstos, empero, no llevaban su majestuosa toga escarlata; es tiempo de Adviento, y como en la Cuaresma, los Príncipes de la Iglesia demuestran exteriormente la penitencia que atribula sus almas, usando el modesto traje violáceo. Sin ningún compañero ni sirviente, se sentaron en el centro en los escaños que á ellos solos están reservados, y en torno suyo formaron imponente corona centenares de Obispos de Oriente y Occidente, de diversos lenguajes, nacionalidades, trajes y figuras. Profundo fué el silencio que reinó en el vasto recinto de la henchida capilla al entrar el Supremo Jerarca, y

todos lo acompañaron en la breve oración que hizo en silencio arrodillado ante el altar. Sentado en seguida en el trono, pronunció con voz sonora y augusto ademán esta magnífica alocución:

VENERABLES HERMANOS:

Estando para inaugurar dentro de pocos días las reuniones del sagrado Concilio Ecuménico Vaticano, nada hemos juzgado tan oportuno y agradable para Nós, Venerables Hermanos, como dirigiros la palabra á todos los que en este día os halláis aquí congregados conforme á Nuestros deseos, y manifestaros el particular amor que nutrimos en lo más profundo del corazón. Tratándose de un asunto de suma importancia, cual es el procurarse remedios para tantos males como en esta época perturban la sociedad cristiana y civil, hemos juzgado digno de nuestra Apostólica solitud, y en consonancia con la magnitud de tamaña empresa, el invocar sobre vosotros, antes que se dé principio á los trabajos conciliares, el auxilio de la celestial bendición del Dios de clemencia, como augurio de todo género de gracia, y hemos creído necesario el entregaros las reglas, consignadas y publicadas en Nuestras Letras Apostólicas, que hemos juzgado prudente establecer para que todo se haga con propiedad y orden en las sesiones del Concilio. Esto es, Venerables Hermanos, lo que con el favor de Dios y de su Inmaculada Madre, estamos hoy haciendo en esta Vuestra augustísima asamblea; y no encontramos palabras para explicaros el inmenso consuelo que Nos causa esta Vuestra gran concurrencia, tan deseada y debida en obsequio de la voz apostólica, viendo que al fin habéis venido de todas las partes del orbe católico á esta alma Ciudad con motivo del Concilio convocado por Nós, y os halláis unidos á Nós con suma conformidad de sentimientos. Vuestra adhesión hacia Nós y la Sede Apostólica, vuestro ardor maravilloso por trabajar para el Reino de Cristo, y en muchos también el haber sufrido tribulaciones por Jesucristo, hace justísimamente que os profesemos entrañable amor. Y esta Vuestra unión con Nós, Venerables Hermanos, Nos es tanto más grata, cuanto que en ella caminamos sobre las huellas de los Apóstoles, quienes Nos han dejado manifiestos ejemplos de su unánime y constante unión con su Divino Maestro. Sabéis por la Sagrada Escritura,

que cuando Cristo Nuestro Señor, recorriendo las regiones de Palestina, caminaba por ciudades y aldeas, predicando y anunciando las Buenas Nuevas del Reino de Dios, los Apóstoles se adherían á su lado con igual afán, y que los doce, como dice San Lucas (VIII—1), lo acompañaban fielmente por donde quiera que caminaba. Esta unión de los Apóstoles resplandeció con mayor brillo en aquella época, en que el celestial Maestro enseñando en Cafarnáum, trató ante los hebreos, con discurso más difuso, acerca del misterio de la Divina Eucaristía. Entonces, no pudiendo aquella gente carnal y de obtuso entendimiento persuadirse de una obra de tan grande amor, y mostrándose tan hostil al Maestro, que muchos de los discípulos, como atestigua San Juan (VI—67), retrocedieron y no caminaron ya con Él, el amor de los Apóstoles, no obstante, permaneció inmutable en la veneración y obediencia hacia el Maestro, y preguntando Jesús á los Apóstoles si también ellos querían irse, no sufriendolo Pedro prorrumpió en aquella exclamación: “Señor, á ¿quién iremos?” y añadió la razón porque se resolvía á seguir al Señor con fé constante y firme voluntad: “Tú tienes las palabras de la vida eterna.” Si recordamos esto, ¿qué podremos juzgar más digno y más grato que esta nuestra reunión, qué deberemos sostener con mayor firmeza y constancia? No Nos faltarán, en verdad, aunque nos hallemos unidos en el nombre de Cristo, no Nos faltarán contradicciones y luchas que sufrir, ni estará ocioso el hombre enemigo, nada deseando tanto como sembrar zizaña; pero Nosotros debemos recordar la Apostólica firmeza y constancia que mereció el público encomio del Señor: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones” (Lúc. XXII—28), debemos recordar las palabras de Nuestro Redentor, que anuncia expresamente: “El que no está conmigo, está contra mí;” debemos igualmente tener presente nuestro deber, y procurar con todo empeño seguir á Cristo con inmóvil fé y firmeza y unirnos á Él en todo tiempo con unánimes sentimientos. Nos hallamos, Venerables Hermanos, en tal situación, que hace ya largo tiempo que sin cesar luchamos, en continua batalla, contra numerosísimos y acérrimos enemigos. Es menester emplear las espirituales armas de nuestra milicia, y sostener toda la fuerza del combate, ya apoyados en la autoridad divina, ya resguardados con el escudo de la caridad, de la paciencia, de la oración y de la constancia. No hay el menor temor de que nos falten las fuerzas en esta campaña, con

tal que elevemos nuestros ojos y nuestras almas al Autor y Consumador de nuestra fé. Si los Apóstoles con los ojos y la mente fijos en Jesucristo, tomaron de aquí el valor y las fuerzas necesarias para sufrir con denuedo todo género de adversidades, nosotros también, mirándolo á Él como prenda saludable de nuestra Redención, sacaremos de esta mirada, de donde emana una virtud divina, el vigor y la fuerza con que podamos sobreponernos á las calumnias, á las injurias, á los artificios de los enemigos, y nos henchirá de regocijo el alcanzar la salvación para nosotros, y para tantos desdichados que se han desviado de la senda de la verdad; y no contentos con mirar á Nuestro Redentor, es menester que nos revistamos de docilidad de espíritu, para escuchar su voz de buena gana con todo el afecto de nuestro corazón. Esto es lo que el mismo Padre Celestial mandó con la autoridad de su Majestad, cuando al revelar Cristo Nuestro Señor su gloria en el monte elevado en presencia de testigos escogidos, dijo: “Este es mi Hijo querido en quien he puesto todas mis complacencias; á Él escuchadlo.” Escuchemos, pues, á Jesús, con pronta y dócil obediencia de nuestro entendimiento, en todas cosas, pero especialmente en aquella que Él mismo tomó tan á pechos, que conociendo de antemano las dificultades á que estaría expuesta en el mundo, no dejó de orar á su Padre en la última Cena, profiriendo reiteradas plegarias: “Padre Santo, conserva en tu nombre á los que me has dado, para que sean una cosa, como también Nosotros.” No haya, pues, para todos nosotros, más que una alma con un solo corazón en Cristo Jesús. Nada nos servirá de mayor consuelo que el mostrar perpetuamente los oídos de nuestro corazón dóciles á las amonestaciones de Cristo; de esta manera conoceremos que estamos con Cristo, y encontraremos que existe en nosotros una manifiesta prenda de la salvación eterna: porque el que es de Dios, oye las palabras de Dios. (Joan., VIII. 47.)

Quiera el Dios Omnipotente y Misericordioso confirmar estas palabras de Nuestra Pontificia exhortación, con su poderoso auxilio, por la intercesión de su Inmaculada Madre, y haga propicio que produzcan abundantes frutos. Vuelva luego su rostro á Vosotros, Venerables Hermanos, y llene así vuestros cuerpos, como vuestras almas con la gracia de su bendición: vuestros cuerpos, para que podáis sobrellevar con valor y alegría todos los trabajos inseparables de vuestro sagrado ministerio, y vuestras almas, para que, henchidas con abundantes auxi-

lios celestiales, resplandezcáis con los ejemplos de la vida sacerdotal, y el brillo de todas las virtudes, para la salud del Rebaño de Cristo. Caiga sobre vosotros sin tardanza esta gracia de bendición, y clementemente os inspire todos los días de vuestra vida, para que se encuentren en Vosotros días llenos, llenos de santidad y de justicia, llenos de frutos de obras santas, en las cuales se contienen nuestras verdaderas riquezas y nuestra gloria. Así Nos acaecerá felizmente el que, terminada la carrera de nuestra mortal peregrinación, no temamos decir con el Profeta Rey el último día de Nuestra vida: Me he regocijado de las cosas que se me han dicho, iremos á la casa del Señor, y podremos confiar en que se nos abrirán de par en par las puertas para penetrar en el Monte Santo de Sión, la Celestial Jerusalén."

Al pronunciar el Padre Santo las últimas palabras alusivas á su muerte, que ¡ay! no puede estar muy lejos, á pesar de su robusta y buena salud, su voz se conmovió, y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Quién podía resistir á tan tierno espectáculo? A duras penas pudieron comprimir los sollozos los augustos miembros de la sagrada Asamblea.

Prestaron luego el juramento, uno por uno, los *oficiales* del Concilio, á saber, los *Custodios*, el secretario, subsecretario, y sus dos ayudantes, los notarios y sus ayudantes, los encargados del escrutinio de los votos, los promotores, los maestros de ceremonias, y los encargados de señalar los lugares y guardar el orden. Este juramento se refiere á cumplir cada uno con sus deberes, y á guardar *inviolable secreto* sobre todo lo que se hará en el Concilio. Este secreto lo tienen igualmente los Obispos.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Primera sesión.—Ceremonia de la obediencia.—Alocución del Padre Santo.—

Primeros Decretos.

Ha llegado la deseada mañana del 8 de Diciembre de 1869, día para siempre memorable en los fastos de la Iglesia, temido por los impíos, ansiado por los buenos. No hay rastros de ese hermoso cielo de Italia tan ponderado; la lluvia cae á torrentes, las calles están cubiertas de fango, la aurora parece que se niega á asomar. . . . el infierno irritado, ya que no pudo impedir el Concilio, hace esfuerzos por quitar todo el lucimiento que se espera á su inauguración. ¡Todo en vano! Aún no suenan las cinco, y ya una multitud aguarda que se abran las puertas de la Basílica de San Pedro, y se precipita dentro, á apoderarse de algún lugar donde pueda presenciar algo siquiera del grande espectáculo que se prepara. Una hilera no interrumpida de personas de todas clases de la sociedad, de todos los países y de diversas cataduras, cubre cada calle de las que conducen al Vaticano. . . . Han sonado las siete. . . . Es tiempo ya que los Obispos se vayan acercando. . . . la cita es á las ocho y media. ¡Mirad en efecto! En cada carruaje de esa larga hilera van hasta dos y tres Obispos, unos con lacayos de soberbias libreas, otros con más humilde cortejo.

¿Pero qué? ¿Son Obispos esos cuatro personajes de traje morado y cordón verde en el sombrero, que avanzan en ese raquítico *coche-simón*, cuyo *número* y condición no puede ocultarse? Son sin duda grandes prelados, pero sin recursos para pagar el elevado precio de los carruajes decentes, en las actuales circunstancias. Y como estos hay muchos. . . y mirad más allá á aquel pobre Obispo oriental que camina á pié bajo la incesante lluvia. . . . y aquel otro cuyo traje lo revela de